

La última noche

Aquellas voces me despertaron con un intenso dolor de cabeza. Con un gruñido, abro los ojos y una sensación de mareo al ver el mundo al revés me invade. Cierro los ojos intentando recordar cómo he llegado a esa situación. Nada. Negro. Un golpe seco y un crujido húmedo hacen que vuelva a abrir los ojos y esta vez la cabeza no me da vueltas. Estoy colgado de los pies en una habitación con muy poca luz, el sonido viene de más allá ¿Es eso ópera? Hecho un mar de dudas intento buscar alguna forma de soltarme y salir de este lugar. En este barrido, unas figuras llaman mi atención, como en una alucinación, pero cuando me centro en ellas, el terror me invade al descubrir que son cuerpos humanos colgados como en el congelador de una carnicería: uno está abierto en canal entero, a otro se le ven las tripas colgar, del cuerpo de otro solo quedan las piernas y un torso con un cuchillo clavado... una arcada sacude mi cuerpo. ¿Qué hago aquí? De pronto, vuelvo a escuchar el golpe seco y busco el sonido horrorizado. Los golpes parecen provenir de la habitación de la que viene la luz y se escapan las notas de aquella ópera. Intento llegar a mis pies, tengo que escapar de ahí pero es imposible, están muy alto. Tras varios intentos infructuosos de liberar mis pies de los nudos que los atan, resuelvo que es imposible soltarme usando las manos. Vuelvo a recorrer la sala y esta vez reparo en el cuchillo que hay clavado en el torso de uno de los cuerpos que tengo al lado, si me balanceo tal vez logre alcanzarlo y cortar mis ataduras. Empiezo con mi plan, pero la cuerda chirría en el gancho metálico en el que estoy colgando. Paro inmediatamente antes de llamar la atención de lo que sea que me haya dejado aquí. Silencio. Ahora resuenan las notas de otra ópera. Creo que es de Verdi pero no reconozco el nombre. Viendo que no ocurre nada vuelvo a intentarlo y, pese al chirrido, logro alcanzar el cuchillo. Sin entretenerme ni un segundo, corto la cuerda y caigo con un sonido sordo y un quejido amortiguado.

Mis manos tocan algo pegajoso y rápidamente me pongo en pie. Me escondo en la oscuridad haciendo el menor ruido posible, antes de que vengan aquí a averiguar el origen del sonido de mi caída. Ya al amparo de las sombras puedo tener una visión más completa del sitio en el que me encuentro. Me encuentro en una habitación repleta de ganchos con cuerpos descuartizados o mutilados, en el suelo se puede ver un desagüe lleno de sangre seca y de ahí varios regueros de esta. ¿Qué hago aquí? Además de los cuerpos y los ganchos, la habitación no tiene nada más a la vista, ningún utensilio o arma aparte del cuchillo que tengo en mi poder. Únicamente una puerta cerrada con un candado y otra entreabierta. Sigilosamente, me acerco a la puerta de la que salen las notas de música y la luz y la escena de su interior me aterra más aún: un hombre fuerte en una mesa de acero está partiendo algo, supongo que un cuerpo humano dado lo que he visto, con un cuchillo de carnicero, al son de la música. Está troceando las extremidades y, lo que él calificaría como despojos, los echa en un cubo como si troceara un animal, pero no es eso lo único que me aterra: a modo de guirnaldas, largas líneas de dientes rodean la habitación, en otro lado, puedo observar un frasco con lo que parece que son ojos humanos en su interior.

De pronto, se escucha un ladrido de perro muy insistente y el hombre con un gruñido de mal humor, coge el cubo y sale por una puerta que hay en esa dirección. En ese momento, se gira hacia mi dirección con una mirada feroz, como si supiera que estoy observándole. Entonces, es cuando me acuerdo. Estaba paseando por la calle de la ciudad pensando en el próximo regalo que iba a hacer a mi madre por su cumpleaños, cuando me encontré con su figura grande y encorvada mirando en mi dirección. Estaba en una furgoneta metiendo muebles como si estuviera haciendo una mudanza y le ofrecí mi ayuda. Cuando estaba cargando el último mueble, se hizo la oscuridad. Después de eso, no recuerdo nada más.

Finalmente, el hombre sale de la habitación, entro y contemplo con horror que sí que era un cuerpo humano lo que estaba troceando en la mesa, aunque no puedo saber si es un hombre o una mujer de lo destrozado que está. Al otro lado de la habitación, veo una especie de lienzo más oscuro de lo normal, me acerco y sintiendo un escalofrío puedo ver que se trata de un gran parche de piel, presumiblemente humana. No puedo estar más en esta casa de locos sin pensar en las posibles consecuencias. Salgo por la puerta por la que ha salido el hombre.

Cuando salgo, la oscuridad me acoge y aparezco en un sitio desconocido, es una casa en mitad del campo, apartada de cualquier indicio de vida humana. No me fijo en nada más porque me lanzo a correr a través del bosque, intentando volver a la civilización antes de que mi captor vuelva a salir detrás de mí.

Sin embargo, cuando apenas me he apartado de la granja, se escucha un estruendo y el ladrido del perro, que antes estaba callado, vuelve a reanudarse. Entro en pánico y sigo corriendo hacia delante, aunque las ramas y las raíces de los árboles dificultan mucho mi avance. Por suerte, encuentro una casa con las luces encendidas. La esperanza aflora en mi interior y, con un último esfuerzo, logro llegar a la casa justo cuando empiezo a escuchar los gritos del hombre y los ladridos del perro que se han percatado de mi huida. Cuando llamo a la puerta, se asoma una mujer mayor con un aspecto descuidado y mirada desconfiada, y me habla con una voz chirriante:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere? No tengo dinero ni me interesa lo que me intente vender.

—Por favor, ayúdeme, un psicópata me ha secuestrado y pensaba descuartizarme —le imploré.— déjeme su teléfono para poder pedir ayuda, se lo suplico.

Tras decir estas palabras, la cara de la anciana cambió y se apartó de la puerta dejándome entrar:

—Pase pase, enseguida le llevaré al teléfono.

Con el corazón encogido, entro en su casa sin apenas percatarme de lo que me rodeaba. Únicamente pensaba, en pedir ayuda. La mujer me llevó a lo que parecía ser un taller de costura y, mientras estaba llamando, me fijé en unas fotos que había colgadas: en todas, aparecía el hombre, que me había secuestrado con una escopeta, y la mujer con el cuchillo en actitud triunfal junto a una persona diferente en cada foto como si hubieran estado de caza y esas personas fueran sus presas. Con una mirada aterrorizada, me fijo en un maniquí que hay al lado y veo la piel de un torso perfectamente estirada y cosida como si estuviera hecho de retales de piel. De pronto, noto la sensación de que alguien me observa y, cuando giro la cabeza, veo al hombre y a la mujer con una sonrisa triunfal. Antes de que me dé tiempo a gritar, el hombre con un marcado acento dice:

—Aquí acaba tu juego.

Siento un golpe muy fuerte en la cabeza y todo se torna negro. Después siento cómo me arrastran por el suelo mientras vuelvo a escuchar las mismas notas de la ópera que he escuchado al principio, antes de que todo vuelva a hacerse negro, me viene a la cabeza el nombre de esa ópera: la Traviatta.